



TESTIMONIO:

Cálido, amable, con sentido del humor. Un hombre acogedor, grato, y de fácil conversación. Cuidadoso al emitir juicios sobre temas económicos. Habla de lo que conoce, de lo que observó con sus ojos y estudió. Es un enamorado y un “predicador” de la economía, más concretamente, de la política económica. Inició su carrera en la Universidad de Chicago, donde estuvo treinta y ocho años dedicado a la enseñanza y a la investigación. Durante esos años, centró su interés en temas relacionados con la hacienda pública, el análisis costo–beneficio, la economía internacional, la economía de la inflación y la política económica para los países en desarrollo. En reconocimiento a su entrega fue distinguido con el grado de profesor emérito en 1991. Actualmente es profesor de la Universidad de California en Los Ángeles, UCLA.



Loreto Serrano R.
Periodista.
Directora Escuela de Periodismo

ENTREVISTA A ARNOLD C. HARBERGER

Introducción y edición de Loreto Serrano

Autor o coautor de cerca de 200 artículos de revista, libros y conferencias, es miembro de la National Academy of Sciences de los Estados Unidos, director del Consejo Asesor del Institute for Policy Reform, Washington D.C.; ex presidente de la American Economic Association, fellow de la Econometric Society y de la American Academy of Arts and Sciences.

Este año vino a Chile invitado por el Instituto Libertad y Desarrollo. En su corta estadía en el país, donde viajó acompañado de su esposa Anita, se dio tiempo para todo: una conferencia en la celebración del aniversario del IlyD, almorzar y comer con algunos de sus ex alumnos de Chicago, y entrevistas con los medios. Visitar la Finis Terrae era un must del recorrido: Pablo Baraona no sólo fue su alumno, sino que además es un amigo con el que comparten un largo historial en lo académico, en el estudio de los temas económicos y en el desarrollo de políticas concretas para dar soluciones a problemas específicos. Según Baraona, “la causa de esa transformación económica indiscutida del país se debe a Arnold Harberger. Él fue una especie de padre de muchos de

quienes estudiamos en Chicago. Tiene una capacidad admirable para mirar las cosas”.

Todo empezó en 1955 cuando dos estudiantes de cuarto año de economía de la Universidad Católica, Ernesto Fontaine y Sergio de Castro, fueron designados intérpretes de la comitiva de Chicago encargada de gestionar el famoso convenio entre ambas universidades. Earl Hamilton, Theodore W. Schultz, Simon Rottenberg, y Arnold C. Harberger integraban la misión norteamericana. Llegaron al aeropuerto internacional de Cerrillos y fue ahí donde nació una “indestructible amistad de insospechadas consecuencias” entre los dos alumnos y Harberger.¹

El convenio, firmado finalmente en 1958, le abrió las puertas de Chicago a una gran cantidad de alumnos de la Católica, quienes primero impulsaron las grandes transformaciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas y, luego, las de la economía del país. Esa fue la cuna de los Chicago Boys,² muchos de ellos considerados como los artífices de importantes reformas de libre mercado en Chile durante la década de 1970.

Sin duda, el alma del grupo fue Arnold Harberger, bautizado como "Alito" entre sus alumnos. Sergio de Castro lo describe como una persona de gran calidez humana, acogedor con todo alumno. No hacía discriminaciones y las puertas de su casa estaban abiertas para todos por igual. Lo ayudaba y era un buen consejero. "Trabajador como bestia, con gran capacidad técnica y excelente profesor", sostiene. Su preocupación constante era tratar de encontrar soluciones prácticas y factibles de implementar en los países que lo han consultado y que lo siguen haciendo.

Entre sus alumnos de la Universidad de Chicago y de la UCLA se cuentan por lo menos una decena de presidentes de bancos centrales y una veintena de ministros de gobiernos extranjeros.³

Ha sido consultor de unos dieciséis países en América Latina, Asia y Europa; en organizaciones mundiales, incluidos el Fondo Monetario Internacional, el Banco Asiático de Desarrollo y la Organización de Estados Americanos. Su última incursión fue a Rusia. Invitado por el principal consejero económico del entonces Primer Ministro Putin, visitó Moscú a principios de 2000. En esa ocasión fue acompañado por un ex ministro de Nueva Zelanda y por tres integrantes del comité económico del Congreso de los Estados Unidos. A raíz de ese viaje, volvió en diciembre de ese año y luego en abril recién pasado. Había estado sólo una vez, años atrás, detrás de la Cortina de Hierro cuando en un viaje a Berlín Occidental fue por el día a conocer Berlín Oriental. Una ciudad gris y triste, según recuerda. Pensó que Moscú sería similar.

Pero la capital moscovita fue todo un descubrimiento. Le sorprendió llegar a una ciudad linda y muy europea; iluminada por las noches, con gente en las calles, con muchos autos de diferentes marcas, incluso BMW y Mercedes Benz. Las familias hacían pic nic en los parques, y otros recorrían sus senderos en bicicleta.

Una de las reuniones de ese primer viaje fue un almuerzo con Putin, el economista Andrey Rionof, un intérprete y ellos, que eran cinco. "Conversamos dos horas sobre distintos temas, sobre todas las materias que nosotros quisiéramos incluir en el debate", comenta Harberger. Dice que lo que más le impresionó fue que "Putin, sin apuntes, sin ninguna ayuda, respondía a cada pregunta y a cada tema. Era obvio que no pudo haberse preparado. Sus respuestas eran una reacción directa e inmediata. Si tuviera que ponerle una nota por el grado de entendimiento que él mostró sobre los mercados libres en el mundo, tendría que ser una A. No cometió ningún error".

Los cinco se quedaron tan sorprendidos —cuenta Harberger— que dedujeron la siguiente hipótesis para explicarse cómo Putin había llegado a esa gran comprensión del por qué del fracaso del sistema económico ruso: al estar a la cabeza de la KGB en Berlín, podía observar a diario la gran diferencia entre uno y otro lado, veía cómo un sistema no sólo funcionaba mejor que el otro, sino muchísimo mejor. Creen que tiene que haberse dado cuenta de que tanto los capitalistas máximos como las mucamas vivían mucho mejor en Berlín Occidental. Entonces Harberger y su grupo concluyeron que, al disponer los rusos de centenares de espías en diferentes lugares del mundo, todos entrenados para observar, muchos de ellos tienen que haberse dado cuenta de las diferencias. En algún momento deben haber conversado entre ellos, tomando conciencia de las debilidades y del fracaso del propio sistema.

La experiencia de Harberger en Rusia permite conocer su manera de trabajar y de enfrentar las cosas: "Gracias a Dios no fui a Rusia como un experto que da, en dos semanas, las recetas para que ellos hagan todo bien." Previo a su visita, cuenta que un desfile de consejeros había visitado ese país. "Expertos instantáneos que llevan todas las respuestas en su bolsillo antes de llegar", explica. Él no actúa así: "Uno de mis principios, que creo me ha dado

una cierta antigüedad en mi profesión en otros países en el mundo, es que nunca trato de ser experto instantáneo. Intento siempre estudiar un problema antes de responder a preguntas. Una de mis políticas favoritas es que cuando la prensa me quiere entrevistar, le digo que sí, siempre y cuando no me pregunten nada de algo que tenga que ver con su país”.

Para este maestro de la economía su misión fundamental es tratar de enseñar la profesión dentro y fuera de los gobiernos de los países que visita; en los centros de estudio, en las universidades, en los diferentes organismos gubernativos. Su labor consiste, primordialmente, en ayudarles a pensar sus problemas sobre la base de los principios económicos. “Esto es diferente a llevarles soluciones para sus problemas”, afirma.

Acorde con su manera de actuar, estuvo dispuesto a conversar sobre temas generales relacionados con la economía chilena. Reconoce que ha estado desligado del gobierno desde hace muchos años y que no tiene información y conocimiento suficientes de los temas como para dar una opinión. Sin embargo, con respecto al crecimiento económico fue enfático: “Creo que los chilenos están locos. Estados Unidos, por ejemplo, no ha tenido un crecimiento del cuatro por ciento en los últimos diez o quince años. Entonces por qué quejarse por un cuatro por ciento. Para mí es imposible de tener. Me parece que un tres o un cuatro por ciento es un rango normal. Lograr un seis o un siete por ciento es algo que un país con suerte puede alcanzar de vez en cuando, pero no es una cifra que uno debe esperar. Seguramente no hay una reforma o un conjunto de ellas que vaya a lograr cambiar la tasa en más de medio por ciento. Quedan pequeñas cosas que se pueden hacer; es como pulir el diamante, pero no van a tener mucho efecto sobre la tasa de crecimiento”.

En relación a los problemas que inciden en una alta tasa de desempleo, Harberger comenta: “Yo me acuerdo que

en el período que ustedes llaman ‘milagro’, la tasa de desempleo iba bajando paulatinamente para llegar después de cinco o seis años a un diez por ciento. El desempleo proviene de muchas fuerzas, y simplemente las voy a listar. Si uno mira la economía de los Estados Unidos observaba que su crecimiento está mermando; Japón vive en medio de un desastre; Europa no ha sido locomotora de nada en este último período; el precio del cobre está bajando, es decir, actúan diferentes fuerzas. Creo que la devaluación que empieza va a producir una cierta reacción en los mercados; el alza del dólar también va a ayudar”.

Respecto de la situación argentina, dijo: “Domingo Cavallo es un excelente economista y un líder que actúa con mucha fuerza. No sé si es una ventaja o una desventaja personal, pero se enoja con facilidad, se hace de enemigos con rapidez, pero, a veces, para hacer cosas eso es necesario. El problema que enfrenta Cavallo es enorme y si logra trazar un sendero de aquí a un punto en que la economía argentina llegue a su verdadero equilibrio de crecimiento, eso sería otro ‘milagro’. Hoy todo está en duda y es muy posible que tienda a opacarse y que Argentina quede en un pantano por un período largo antes de poder salir”.

Su visita a Chile en mayo de este año fue un gran acontecimiento: el reencuentro del maestro con sus alumnos, amigos y fieles seguidores. Al preguntarle a Harberger cuál era el mayor logro de su carrera profesional como economista, como consultor o como académico, sin vacilar, expresó: “Mis alumnos, nada más. Mis alumnos”.

En la siguiente entrevista de David Levy, publicada en la revista *The Region*: “Harberger transporta al lector en un viaje alrededor del mundo a medida que analiza las políticas y los problemas económicos en Latinoamérica y en Asia. Formula, también, algunos comentarios sobre sus mentores y colegas a lo largo de los años”.⁴



REGION: El Sistema de la Reserva Federal siempre está dispuesto a recibir consejos. ¿Qué le recomendaría usted?

HARBERGER: Cuando viajo a América Latina y a otras regiones la gente me pregunta, entre otras cosas, acerca de la prosperidad en los Estados Unidos y del sorprendente fenómeno de expansión económica y de recesiones mínimas que ha tenido durante el último tiempo. Y les respondo: "Bueno, creo que eso se debe a Greenspan"; sé que es responsabilidad del directorio y no sólo de Greenspan, pero prácticamente todo el mundo identifica a la Reserva Federal con el nombre de su presidente.

Me parece que el directorio de Greenspan ha forjado un nuevo camino, situado entre Milton Friedman y James Tobin. Para Friedman, la demanda de dinero es una función muy estable e inmóvil, en la cual se puede confiar. Al mismo tiempo, considera que los burócratas y los funcionarios estatales son personas poco confiables, a quienes no se les puede dar crédito. Guiado por esta manera suya de ver las cosas, Friedman postuló una sencilla regla para definir la expansión monetaria basada en la demanda de dinero. Luego, en el otro extremo, está Jim Tobin, quien estima que la demanda de dinero es sumamente volátil y no confiable. A mi juicio, la verdad está en algún punto intermedio entre estos dos extremos. Si uno intentara dibujar todas las funciones de demanda monetaria posibles de las últimas décadas, no lograría encontrar una que tenga el grado de estabilidad descrito por

Friedman.

Pero, al mismo tiempo, simplemente no creo que la función de demanda monetaria sea una relación real, viva e importante. De modo que tenemos que trabajar con una función esencial, de enorme importancia para la teoría y la política monetaria, pero que tiene el desafortunado atributo de desplazarse con el paso del tiempo. A mi modo de ver, aun cuando no podamos predecir estos cambios en la demanda, podemos procurar comprenderlos; determinar si una variación es transitoria o si es más bien duradera. Y luego podemos usar esas conclusiones para orientar la política monetaria. Cuando la demanda se desplaza hacia arriba, el público dispone de más dinero y evitamos así las presiones deflacionarias; cuando varía negativamente, le quitamos dinero al público con el fin de prevenir la inflación.

Me imagino que Greenspan cuenta con una completa división de detectives que investigan la demanda de dinero, tratan de averiguar cuándo ha variado y cuándo no. En cuanto detectan algo parecido a un cambio, se preguntan si será duradero o un fenómeno meramente transitorio, o si es un error de observación. Realizan este trabajo detectivesco con la idea de descubrir cuándo y cómo varía la demanda de dinero. Y, luego, hacen los ajustes necesarios para reprimir presiones inflacionarias o deflacionarias, según sea el caso, antes que cobren mayor fuerza. En realidad, creo que ésa es una descripción razonable de lo que intenta hacer la Reserva Federal. De hecho,

hace poco más de un año, tuve la oportunidad de sentarme junto a Greenspan en un almuerzo y le pregunté qué pensaba de mi interpretación. Me dijo que le parecía acertada, pero que el trabajo detectivesco ¡era muchísimo más difícil de lo que le había insinuado!

(R.): Antes de empezar esta entrevista, le pregunté a varios economistas del Banco de la Reserva Federal de Minneapolis por usted. Sin vacilar, ellos respondieron que, en el ámbito de la economía, Arnold Harberger es conocido por dos o tres cosas. ¿Qué cree usted que dijeron?

(A.H.): Bueno, realmente no tengo idea qué pueden haber dicho sus colegas en Minnesota, pero sé qué me gustaría que hubiesen dicho y por qué quisiera que me recordaran. Son tres aspectos principales. En primer lugar, a lo largo de mi larga vida académica, he tenido una gran cantidad de

llamados a cumplir un papel muy importante los economistas en el mundo y, en cierto sentido, el deber de esta profesión es representar los conocimientos económicos en los consejos gubernamentales y en toda suerte de foros donde se debate sobre las políticas. Las decisiones relativas a la adopción de medidas económicas deben basarse en lo que hemos aprendido, y es nuestra misión asegurarnos de que se escuche la voz de la buena economía. Ésa ha sido mi bandera de lucha durante casi toda mi vida profesional.

En tercer lugar, me gustaría que me recordaran como un auténtico economista profesional que practicó lo que predicó. He trabajado arduamente en la solución de numerosos problemas en muchos países, en diferentes áreas de la economía. Ojalá la gente pensara en mí como alguien que sin más apuro que un sencillo juego de sólidas herramientas, llamadas principios económicos, fue capaz de ir por el mundo, afrontar diversos problemas en muchos lugares y discurrir algunas respuestas bastante atinadas.

(R.): Sus alumnos están diseminados en los organismos internacionales, los bancos centrales y las universidades del mundo. ¿Existe alguna manera en que podamos determinar quiénes son, dónde se encuentran y qué están haciendo?

(A.H.): A lo largo de los años he tenido la fortuna de contar con una gran cantidad de alumnos en el mundo en desarrollo,

en particular, en Latinoamérica. He sido profesor de más de trescientos estudiantes latinoamericanos en universidades estadounidenses. A ellos se suman otros tantos que asistieron a los cursos de menor duración que he impartido en esa región. Me siento muy orgulloso de lo que han logrado. Me parece que la cantidad de ministros que he formado llega en la actualidad a veinticinco, y sé que el número de presidentes de bancos centrales ya ha alcanzado la decena. Para citar los casos más recientes, los actuales presidentes de los bancos centrales de Chile, Argentina e Israel fueron mis alumnos, como también lo fueron los antecesores inmediatos en la presidencia de los bancos centrales de Argentina, Chile y Costa Rica. Eso a nivel de gobierno.

En los organismos internacionales también han llegado a forjar un historial envidiable. Hubo un momento en que cuatro economistas jefes regionales del Banco Mundial habían sido mis alumnos en la Universidad de Chicago. Uno de ellos, Marcelo Selowsky, llegó a ocupar el cargo de economista jefe de la recientemente creada área empresarial de la ex Unión Soviética, el puesto más importante de esa índole en todo el Banco. Y adivine qué: fue reemplazado por otro de mis ex discípulos, Sebastián Edwards. De manera que resulta muy satisfactorio verlos progresar, y me siento orgulloso de haber tomado parte en su formación como economistas. Aun así, por cierto no pretendo arrogarme de manera alguna la responsabilidad exclusiva de su preparación.

Tengo la impresión de que durante un largo período, en particular en las décadas de 1960 y 1970, predominó una cierta atmósfera en la Universidad de Chicago que la convirtió en la cuna donde se formaba a los especialistas en política económica. Había un claro énfasis en los principios básicos y una constante preocupación por enseñar a nuestros alumnos a comprender cómo la economía se vincula con el mundo real. Lamentablemente, veo que esos atributos están, por lo general, ausentes en los programas que se imparten en la actualidad. En la mayoría de las escuelas de graduados, dedican demasiado tiempo a enseñar técnicas sumamente formalizadas, muy alejadas del mundo real y que de poco sirven para preparar a los futuros expertos en política económica, en comparación con la Universidad de Chicago de hace unos treinta o cuarenta años.

(R.): Si usted tuviera que señalar las características comunes de sus alumnos, definir el "Harberger" que llevan dentro, ¿diría que son hombres de acción, que meten las manos en la masa?

(A.H.): Pienso que bajo este enfoque subyace un cierto grado de modestia, es decir, el reconocimiento de que no podemos "modelar" el mundo, ni que el mundo se va a ajustar dentro de un marco restringido que nosotros estructuramos. Por otra parte, en prácticamente todo fenómeno económico, interviene la ley de oferta y demanda. Entonces, si uno sabe cómo manejarla y cómo aplicarla en distintos contextos

alumnos de los que me siento muy orgulloso. Ellos se han distinguido tanto en el ámbito académico como en el de la formulación de políticas. Muchos fueron los arquitectos de grandes cambios revolucionarios en las economías de sus países, particularmente en América Latina. Algunos como Gregory Chow, Zvi Griliches, Bob Lucas,⁵ Merton Miller y Marc Nerlove, son responsables de enormes progresos en la ciencia económica.

En segundo lugar, me gustaría que me consideraran un defensor y un misionero de las ideas económicas en el mundo. Creo, más que la mayoría de los economistas, en la gran capacidad y persistencia de las fuerzas del mercado, y en el poder de la política económica para lograr todo tipo de cosas. Nadie niega que una mala política económica puede, sin lugar a dudas, arruinar una economía. En cambio, una buena política económica puede, ciertamente, corregirla. Por lo tanto, siento que estamos

y en épocas diferentes, uno tiene una enorme ventaja a favor en este juego. Los egresados de las escuelas de postgrado se van a ir de espaldas si intentan aplicar modelos ultra sofisticados a problemas complejos de la vida real, como, por ejemplo, en el caso del ex imperio soviético. Para comprender, diagnosticar y adoptar acciones concretas en situaciones como ésta, el especialista que fundamenta sus estudios en los principios básicos va a obtener mejores resultados. Simplemente dice: "Bueno, en este caso tenemos protomercados que recién se están creando; ¿cómo entran en juego las fuerzas de la oferta y la demanda en esta situación?"

Pienso que esos economistas de las generaciones de 1960 y 1970 ascendieron como la espuma en los organismos internacionales y en otros ámbitos de formulación de políticas, porque en tantas ocasiones distintas, en innumerables reuniones de directorio y de *brainstorming*, ellos eran capaces de percibir los problemas con más claridad y de hacer un diagnóstico más preciso que la mayoría de sus competidores. También mostraban más habilidad para deducir de su análisis las implicancias directas para la política. Y, a mi modo de ver, la clave para potenciar estos atributos fue la formación que recibieron, basada en los principios fundamentales y orientada hacia el mundo real.

(R.): Me imagino que entre sus alumnos también predomina el pensamiento del libre mercado.

(A.H.): Correcto. Tengo la impresión de que las personas que

hablan de la Escuela de Chicago sin haber estudiado allá y que la conocen sólo por lo que han leído en la prensa, tienden a pensar que la escuela de economía tuvo, durante un largo período, un sesgo ideológico. Pero ésta es una idea muy alejada de la verdad. Ello nunca ocurrió. Milton Friedman ocupó una oficina contigua a la mía por alrededor de veinte años y puedo atestiguar que su obra *Libre para elegir* nunca fue usada en las salas de clases; tampoco, los mensajes de ese libro. En cambio, sí usamos *Una historia monetaria de los Estados Unidos* y el texto de Friedman sobre teoría de precios y sus aplicaciones. A mi juicio, fueron tres los postulados básicos que caracterizaron a la Escuela de Chicago durante los años que enseñé ahí.

En primer lugar, todos creían que la teoría era un factor importante. Era relevante, porque de otra manera uno no puede abordar problemas muy complejos de manera organizada. El segundo postulado era que la teoría es importante sólo en la medida en que nos ayude a comprender e interpretar la manera en que, realmente, funciona el mundo. La teoría por el puro placer de teorizar (o lo que en ocasiones denomino 'teoría estratosférica'), ocupaba un espacio muy restringido en el pensamiento de 'Chicago' en ese entonces.

El tercer postulado de la Escuela de Chicago era la firme e inquebrantable convicción de que las fuerzas del mercado efectivamente funcionan. Pero no quiere decir que sean perfectas. Tampoco implica que tiendan al equilibrio hermosa-

mente refinado que postula la teoría contemporánea. Son fuerzas auténticas: la única ley que nadie puede abolir es la ley de oferta y demanda, y quienes traten de ignorarla van a afrontar serios problemas. Esta opinión era compartida por todos los académicos de la escuela de economía de Chicago de entonces. Todos los profesores creían en ese principio; siempre les enseñaron a sus alumnos con un ejemplo tras otro de la vida real. Analizaban cada caso y afirmaban: "Tras aquello que observamos se encuentran estas fuerzas fundamentales. Observamos, razonamos, logramos comprender y, finalmente, prediccimos sobre la base de la ley de oferta y demanda". Esta forma de pensar se transformó en parte integrante y esencial de la manera en que la mayoría de los alumnos de la Universidad de Chicago llegó a percibir el mundo y a ejercer su profesión.

(R.): ¿Visitó Hayek la Universidad de Chicago en la época en que usted era profesor de cátedra?

(A.H.): Él iba y venía constantemente, pero no a la escuela de economía.

(R.): ¿En el Comité de Pensamiento Social?

(A.H.): Formaba parte del Comité de Pensamiento Social, que estaba arriba, en el quinto piso del edificio. Sorprendentemente, casi no había interacción entre Hayek y los demás profesores. Me parece que hubiera sido más interesante una relación más fluida. Había una gran diferencia de enfoques entre Hayek (escue-

la austríaca) y Chicago en su conjunto. Personalmente, los respeto y admiro. No soy uno de ellos, pero creo haber afirmado alguna vez que si alguien quiere abordar la economía como una religión, el pensamiento austríaco es el mejor. Su aproximación es desde la filosofía: deriva los principios de la economía de libre mercado a partir de su visión de "la naturaleza del hombre" y otros postulados fundamentales. La escuela austríaca le presta escasa atención a las mediciones y a los ensayos empíricos. Si aumenta el precio y la cantidad de un bien, ellos infieren que la demanda tiene que haber variado, lo cual es cierto. Pero luego se preguntan: ¿cómo es posible inferir algo a partir de algo si podemos explicar cualquier fenómeno paradójico dado mediante una táctica tan sencilla? Ésa es su interpretación. En cambio, los académicos del departamento de economía de la Universidad de Chicago, pese a ser tan devotos a la buena teoría como los austríacos, siguieron un camino distinto.

En la actualidad, la política económica tiene escasa representación en la Universidad de Chicago; ahora existen dos centros principales. Uno es el macroeconómico, en torno a Bob Lucas, junto a algunos profesores como Lars Hansen y Nancy Stokey. El otro comprende a un grupo de especialistas a quienes yo aglutino bajo el alero de "recursos humanos": Gary Becker, Jim Heckman, Sherwin Rosen, Bob Topel y Kevin Murphy. Este último obtuvo el último Premio John Bates, otorgado cada dos años al economista menor de cuarenta años que haya efectuado el aporte más significativo a la economía.

Porque, en último término, centraron la atención en el mundo empírico y en el uso de la economía para constatar empíricamente las proposiciones teóricas.

(R.): ¿Aún existe la Escuela de Chicago?

(A.H.): Creo que sí. A medida que se ha ido renovando la planta académica, la escuela ha ido adoptando distintas formas. En el período al cual me refiero, la "política económica" era lo máximo en Chicago. Estaban Theodore W. Schultz, Milton Friedman, George Stigler, D. Gale Johnson, Harry Johnson, Bob Mundell, Jacob Frenkel, George Tolley, Larry Sjaastad, y yo mismo, entre muchos otros especialistas menos directamente interesados en esa materia. La política económica fue el sello distintivo de la Universidad de Chicago en esos años. Fue lo que motivó a muchos alumnos a estudiar allá; nuestros egresados obtuvieron importantes logros gracias a estos conocimientos.

(R.): Al analizar sus conferencias y sus escritos, uno queda con la impresión de que para usted una política económica exitosa en países en desarrollo se comprende más claramente en función de las personas que lideran el proceso. ¿Es eso cierto?

(A.H.): Para comenzar es preciso señalar algunos hechos: que la mayoría de los grandes cambios en materia de política económica ocurren en momentos de crisis, o cuando se percibe que puede llegar a haber una; que las sociedades que viven en una situación de bienestar rara vez desean modificar ese nivel de confort, aun cuando alguien proponga reformas sensatas que prometan mayor bienestar. Tal vez estén dispuestas a realizar "pequeños" pero no grandes sacrificios con la esperanza de lograr las mejoras prometidas. Lo anterior permite explicar por qué los grandes cambios casi

siempre han ocurrido cuando la gente está pasando por un período de reacción a una crisis, es decir, están en una situación límite. Sólo entonces aceptarán correr riesgos y adoptar nuevos rumbos. Ahora bien, consideremos el contexto señalado como telón de fondo.

Cuando aquí uso la palabra "riesgo", quiero decir exactamente eso. Una característica propia de una crisis es que, en realidad, la gente no sabe qué hacer. Y las autoridades suelen sentirse tan perplejas como todo el resto. Con frecuencia recurren a las personas equivocadas a pedir consejos, a especialistas que les prescriben remedios absolutamente inadecuados y que ponen a la economía del país entre la espada y la pared. Algunos ejemplos son los casos de Indonesia en la época de Sukarno, Chile en tiempos de Allende, Nicaragua bajo el gobierno sandinista, Argentina de Isabelita Perón, y Perú de Alan García. Y luego existen esas maravillosas ocasiones donde las personas que realmente saben qué hacer, y que encarnan la buena economía, toman las riendas, por así decirlo. Contar con esas personas en el lugar adecuado y en el momento preciso puede impulsar una importante revolución. Pienso que el milagro indonesio de 1968 en adelante, el brasileño de 1965 en adelante, los resultados económicos de Chile desde 1973 y de Argentina desde 1990, tienen esa característica.

(R.): ¿Es decir, efectivamente se trata de una cuestión de oportunidad?

(A.H.): Creo que sí, en térmi-

nos de traducir las ideas económicas en políticas. La maduración de las ideas económicas en el caldero de la vida académica es un proceso continuo y permanente. Sin embargo, me parece que, para introducir cambios sustanciales de política en un país, el elemento de crisis resulta decisivo. Crea oportunidades, y esa situación puede caer en las manos de alguien que simplemente no sabe qué hacer o que actúa erróneamente. Pero, con suerte, los gobernantes le entregarán las riendas de la política a gente que sabe qué hacer y cómo hacerlo.

(R.): Hablemos de los "Chicago Boys" en Chile y del papel que a usted le cabe como "padre" de esa generación. ¿La historia se inicia con "El ladrillo"?

(A.H.): Ése es un punto de partida interesante para comenzar la historia. Eduardo Frei Montalva fue elegido presidente de Chile en 1964 y su período de gobierno finalizó en 1970. Allende era el candidato de la izquierda en las elecciones de 1970 y la Democracia Cristiana (en una decisión muy desacertada, desde mi punto de vista) designó a Radomiro Tomic, quien pertenecía al ala izquierda de su partido; daba la impresión de rivalizar con Allende en materia de promesas. Ambos eran tan semejantes como dos gotas de agua.

Bueno, Harberger no fue el único que vio la nominación de Tomic como una idea poco afortunada. Había todo un sector del espectro político chileno que estaba preocupado por esta situación. Tanto así que originó la tardía postulación de

Jorge Alessandri como candidato a la presidencia. Como su campaña se había iniciado con tanto retraso, su equipo convocó a un grupo de jóvenes economistas (muchos de ellos eran mis ex alumnos) para que diseñaran una plataforma económica.⁶ Trabajaron intensamente y, en mi opinión, elaboraron un muy buen programa para Alessandri.

Pero, el programa resultó ser demasiado reformista y excesivamente orientado hacia el libre mercado para Alessandri. Su equipo político lo modificó de tal manera que ninguno de los autores quiso ser identificado con el producto final. No obstante, ellos se mantuvieron unidos como grupo para reflexionar sobre asuntos de política económica. Allende fue elegido presidente (con el treinta y ocho por ciento de los votos), tras lo cual estos jóvenes, más otros que se incorporaron, continuaron reuniéndose y desarrollando las prescripciones de política que habían formulado en 1970. Su objetivo era llegar a definir propuestas concretas para poner orden en la economía chilena.

Como resultado de ese proceso continuo nació un documento conocido, más tarde, como "El ladrillo".⁷ Que yo sepa, en la época en que ocurrió el golpe militar en Chile, esa obra sólo existía en ejemplares mecanografiados, con muchas copias hechas con papel carbón. Ni siquiera había un duplicado. Tras la crisis, ¿qué personas había disponibles que hubieran reflexionado sobre cualquiera de los problemas que suponía el proceso de transformar a Chile de manera positiva? Me parece

razonable sostener que estos especialistas, la mayoría de los cuales, pero no todos, había estudiado en la Universidad de Chicago, eran la única alternativa en el país. Ellos se transformaron en los asesores clave del nuevo gobierno en materia de política económica, aunque los militares conservaron para sí los cargos ministeriales por alrededor de un año y medio.

Durante ese período la inflación siguió aumentando en forma galopante, a pesar de que una de las razones que justificó el golpe militar fue poner freno a la inflación. Durante el régimen de Allende, el gobierno no se había apoderado de empresas mediante un proceso de expropiación legal, pero muchas otras, simplemente, fueron intervenidas por el Estado, lo cual dejó a sus dueños desprovistos de los beneficios, pese a conservar la propiedad. A los "interventores", a quienes denominé comisarios, poco y nada les importaba la eficiencia y la rentabilidad; cosecharon enormes déficit.

Luego sobrevino el golpe de estado y los comisarios fueron reemplazados por coroneles. Entonces recibían una orden de sus superiores que decía: no puede haber déficit. Éste es otro ejemplo en que hicieron caso omiso a las leyes de la economía. No se pueden eliminar los déficit por decreto, y los coroneles no lograron suprimirlos. ¿Cómo financiarían sus déficit los comisarios? Recordaron a un individuo con quien habían estudiado en Moscú algunos años atrás y que estaba administrando un banco; acudieron a él para solicitar crédito. Bueno, los coroneles que

reemplazaron a los comisarios en sus cargos, actuaron de un modo bastante similar. Se acordaron de un coronel que había sido su compañero en la escuela militar y que administraba un banco; le pidieron apoyo y le solicitaron un crédito que les permitiera financiar sus déficit.

Transcurridos unos dieciocho meses, la inflación aún alcanzaba una cifra cercana al veinte por ciento mensual y la situación no tenía visos de mejorar. Por último, los militares decidieron arrojar la toalla. Designaron a Jorge Cauas en un cargo que podríamos llamar superministro. Él es un buen amigo mío, pese a no estar vinculado a la escuela de Chicago; perfectamente podría pertenecer a esa corriente. Fue entonces cuando los "ChicagoBoys" comenzaron a ascender hasta ocupar puestos de máxima responsabilidad, tales como, ministro, presidente del Banco Central, etcétera., mientras que, hasta entonces, sólo habían desempeñado funciones en un grado inmediatamente inferior dentro de la jerarquía.

Fue en ese período cuando se hizo una gran reforma fiscal y cuando se impulsó buena parte de la transformación, aunque los funcionarios militares ya habían efectuado algunas reformas. Muy poco después del golpe, eliminaron los controles de precios a casi todos los artículos. Unificaron y liberaron el tipo de cambio; iniciaron una primera etapa de reforma tributaria, y pusieron en marcha un proceso de privatización. De modo que no es efectivo que no hubo reformas antes de que los militares traspasaran el poder a los tecnó-

cratas. Pero los uniformados no lograron controlar el enorme historial macroeconómico de inflación y del presupuesto. Finalmente, tras dieciocho meses, terminaron reconociendo su fracaso. Fue así como ocurrió que el equipo de especialistas conocido como los "Chicago Boys" asumió los más altos cargos en el área de la política económica.

(R.): ¿Qué papel le cupo a usted?

(A.H.): No sé cómo a alguien alguna vez se le pudo ocurrir que en cierto modo yo estaba actuando como director de orquesta de la política económica chilena. No hice nada por el estilo. Cuando la gente ve "mi mano" detrás del paquete de políticas que efectivamente se aplicó en Chile, el origen de esa "mano" correspondía probablemente en un noventa por ciento a las clases ex-positivas y a los seminarios que impartí en la Universidad de Chicago, y a las interminables sesiones informales de análisis que yo y mis alumnos chi-

vo al expresar mi entusiasmo por las medidas positivas que yo veía que se estaban adoptando y, quizás, ocasionalmente, al hacer hincapié en la necesidad de que ellos abordaran los problemas de formulación de política con madurez y medida, sopesando costos y beneficios, e intentando encontrar diseños de política que concitaran apoyo y redujeran la oposición a sus programas.

(R.): Durante el gobierno autoritario de Pinochet, los "Chicago Boys" promovieron la adopción de reformas de libre mercado. ¿No resulta irónico que en un régimen caracterizado por la verticalidad de mando ustedes pudieran lograr que funcionaran las soluciones que se originan en la elección libre de los ciudadanos?

(A.H.): Durante un largo período los opositores sostuvieron que estas reformas nunca podrían haberse adoptado en un régimen democrático. Posteriormente, sucedió que, uno tras otro, los gobiernos democráticos latinoamericanos fueron adoptando reformas prácticamente idénticas. Argentina, en particular, acortó el período; en menos de cinco años hizo la mayor parte de lo que Chile tardó quince años en lograr. De manera que no se puede afirmar que, inevitablemente, dichas reformas estén ligadas a un régimen militar.

Sin embargo, sí se puede sostener que los primeros en hacer algo, los pioneros, siempre tropiezan con más dificultades que aquéllos que les siguen. Y en el contexto de mediados y

fin de la década de 1970 en América Latina, se requería de una alta dosis de valor para emprender estas iniciativas. En vista y considerando que había un gobierno militar que estuvo dispuesto a ceder la autoridad económica a un grupo de tecnócratas, se hizo más fácil la transición de lo que hubiera sido en un contexto democrático en el mismo período y lugar.

(R.): Aun cuando Milton Friedman desempeñó un papel distinto y de menor importancia en el proceso chileno, su vinculación con el régimen de Pinochet tuvo una importante repercusión en su vida.

(A.H.): Y en la mía también.

(R.): ¿Cómo así?

(A.H.): Milton es, en cierto modo, un gran héroe por cuanto despertó un enorme grado de animosidad a raíz de una única visita que realizó a Chile. Llegó a ese país en marzo de 1975 invitado por una fundación privada y dictó conferencias en universidades y ante otras audiencias más numerosas, entre las que se incluyeron concretamente conferencias sobre los principios de libertad y temas similares. Permaneció menos de una semana en Chile y a su regreso tuvo que soportar cinco años de manifestaciones públicas en su contra en todos los lugares donde acudía. Me parece una actitud injusta, pero Friedman realmente la afrontó con gran dignidad y fortaleza de carácter.

(R.): Incluso al recibir el Premio Nobel.

(A.H.): Eso ocurrió sólo un año después. Yo me encontré con el mismo tipo de manifestaciones estudiantiles en mi contra en las universidades de Wisconsin, Berkeley, Davis y Duke. Cuando en Harvard me ofrecieron el cargo que actualmente ocupa Jeffrey Sachs, hubo una serie de repercusiones en torno a la situación chilena. Finalmente, tomé una sabia decisión y rechacé la oferta. Sentí que no era sensato empezar en un empleo nuevo y desafiante, donde iba a tener que dedicar los primeros dos años a combatir una imagen falsa y desinformada que la gente se había formado de mí. Era una situación contra-productiva.

(R.): La Sociedad Mont-Pèlerin se reunió en Chile.

(A.H.): En 1981.

(R.): ¿Cuál era la importancia de escoger Chile como sede?

(A.H.): Chile estaba en la mira como una gran economía de libre mercado y ellos deseaban conocerla. Lo escogieron por eso. Actuaron con mucha cautela. Se preocuparon de organizar una serie de reuniones dedicadas al análisis de todo tipo de libertades, de manera que quedara en claro que no estaban ahí para respaldar al gobierno militar o autoritario, sino para dar su apoyo a la política económica, que calificaban como muy buena.

(R.): Usted ha mostrado gran preocupación por determinar por qué algunos países crecen con mayor rapidez que otros.

lenos habíamos estado celebrando desde fines de la década de 1950.

Además, en esa época, yo estaba preocupado por algunos sucesos que habían estado ocurriendo en el escenario político durante y después del golpe militar. Como consecuencia de lo anterior, por al menos cinco años, me negué terminantemente a actuar como "consultor" del gobierno chileno, tal como había trabajado en otros países. Mi relación más cercana con el régimen chileno fue la redacción de un par de documentos para un centro de investigación privado de Chile, el Centro de Estudios Políticos. Pero, al mismo tiempo, aproveché todas las oportunidades que tuve para viajar a Chile con el fin de ver lo que estaba sucediendo y de conversar con mis ex alumnos que ocupaban los cargos de ministros, subsecretarios, presidente o vicepresidente del Banco Central. Solíamos reunirnos a la hora del almuerzo para debatir los problemas. No sé si contribuí con algo sal-

(A.H.): Yo intento abordar el estudio del crecimiento a partir de los aspectos básicos tangibles. Ésa es una de las características propias de mi análisis económico. En parte, el crecimiento de la economía radica en su capital humano, es decir, en un incremento de la fuerza laboral y/o en una fuerza cuya calidad esté mejorando. Y, en parte, proviene de la inversión en capital físico. Por último, el aumento en la productividad total de los factores también impulsa el crecimiento. Prefiero usar el término "reducción de costos reales" en lugar de "productividad total de los factores", porque es una expresión que cualquier hombre de negocios en el mundo puede reconocer. Sin duda, este elemento de reducción de costos reales ha sido un factor extremadamente importante en el proceso del crecimiento; es algo que aprendimos en la década de 1950 y que hemos estudiado desde entonces.

Este análisis del crecimiento a partir de sus componentes, al que me refiero en realidad, adquirió relevancia en la economía en la década de 1950, gracias a Abramowitz, Schultz y Kendrick. Muchos identifican este método con Bob Solow,⁸ quien fue el primero en elaborar una nueva teoría sobre esta base; pero, con anterioridad, otros economistas ya habían hecho trabajos empíricos en esa área. En realidad, Tinbergen y Stigler⁹ concibieron la idea básica en 1940, antes de que otros la pusieran en el centro del debate.

Algo que realmente me desconcierta es que, si bien los economistas saben que el incremento de la fuerza laboral es una fuente de crecimiento;

de que una mejor educación (es decir, la calidad de la fuerza laboral) es otra; de que la tasa de inversión en capital físico es incluso otra; de que la productividad de ese capital físico es también fuente de crecimiento; de que la reducción de costos reales es aun otra fuente. ¿por qué el noventa y nueve por ciento de los trabajos sobre crecimiento no estudian estas variables una por una? Cada una merece un análisis individual porque dependen de elementos disímiles. Vemos que los países asiáticos ahorran entre el treinta y el cuarenta por ciento de su PIB, lo cual explica en gran medida, su crecimiento. Entonces, ¿por qué no concentrar nuestra atención en ese fenómeno e intentar estudiar las circunstancias que conducen a tasas de ahorro altas y bajas, en lugar de hacer regresiones sólo para determinar la tasa de crecimiento global, como es habitual? Los países que tengan un crecimiento demográfico acelerado van a tener un rápido incremento de la fuerza laboral. Y eso no proviene de un modelo de crecimiento endógeno, sino del hecho que nacen muchas guaguas, una realidad que no consideran los modelos. Debemos poner los pies en la tierra y procurar comprender lo que observamos.

Ahora bien, este análisis que consiste en desglosar el crecimiento, nos permite entender con bastante claridad los factores productivos, la mano de obra y el capital. No así la reducción de costos reales, que es el más difícil de "internalizar". Debemos hincarle mucho más el diente al estudio de ese término. Es preciso definir con

mayor exactitud qué elementos generan un aumento o una disminución de la productividad de los factores, en distintas situaciones. Nosotros hemos estado avanzando en esta dirección en algunos de nuestros trabajos recientes aquí en la UCLA.

(R.): ¿Nos puede mencionar algunos aspectos que caractericen esos trabajos recientes?

(A.H.): En el discurso "Visión del proceso de crecimiento", que pronuncié en mi calidad de presidente ante la *American Economic Association*, en 1998, hice hincapié en algo que, en otro contexto, había denominado yuxtaposición de "la levadura versus las setas". La levadura hace que la masa del pan suba en forma pareja, de la misma manera como se infla un globo. Si la reducción de costos reales fuese un proceso análogo, observaríamos un aumento uniforme en la productividad de los lustrabotas, las lavanderías, el lavado de autos, la industria automotriz, la industria farmacéutica; en fin, todas las actividades tendrían un crecimiento parejo en los diferentes sectores de la economía. Uso la analogía con las setas, porque resulta muy difícil predecir dónde brotarán: aquí, allá o en otro lugar. Y vemos eso. La reducción de costos reales es extremadamente dispareja a través de las diferentes industrias y actividades. Es muy difícil predecir dónde ocurrirá el crecimiento y con qué intensidad.

Alrededor de 1990 centré mis estudios en este aspecto y, con posterioridad, un nuevo hecho golpeó mi mente: la reducción

de costos reales no sólo es desigual, sino que en el análisis de casi todas las series de datos por industria en una economía, o por firmas dentro de una industria, nos encontramos con que algunas arrojan un descenso en los costos reales (productividad ascendente) y otras, un aumento (productividad descendente), por unidad. Esta yuxtaposición es un fenómeno que me tiene fascinado. Quisiera ahondar en su estudio; si pudiéramos hacer algo para disminuir la incidencia de los costos reales crecientes, ganaríamos mucho. En verdad, a medida que estudiamos distintos períodos, descubrimos que en épocas buenas hay pocos casos de baja productividad; en las malas, en cambio, existe una alta frecuencia de ellos. Esta distinta incidencia explica, en gran parte, la diferencia entre buenos y malos resultados. Pienso que deberíamos concentrar nuestras energías en estudiar y comprender este fenómeno de costos reales crecientes, en especial, en la perspectiva de dimensionar su efecto.

ciones positivas de costos reales en las firmas ganadoras, pero, durante un tiempo, las empresas perdedoras sufren los efectos de una fuerza opuesta, de modo que el beneficio neto para la economía es algo menor al experimentado por las ganadoras. Si las firmas perdedoras se ajustan, los consumidores obtienen todo tipo de beneficios; si quiebran (si cierran), los consumidores se beneficiarán a medida que trasladen su demanda hacia las ganadoras. Ésa es mi línea de pensamiento.

Uno de los objetivos de una política es lograr que la gente perciba fácilmente las oportunidades para reducir costos reales. Las medidas para batallar contra la inflación empañan la percepción de las personas; y las políticas para corregir las distorsiones del mercado, emiten señales falsas sobre los costos reales. Tenemos que luchar para que los mercados sean más abiertos y para que haya una competencia más libre, tanto al interior de las naciones como entre ellas. Esto acelera el proceso de reducción de costos reales y permite que sus beneficios lleguen a los consumidores. Debemos proporcionar un marco institucional (leyes, contratos, derechos de propiedad, etcétera), y un ambiente estable y claramente predecible para la política macroeconómica, que fomente un rápido ajuste del capital social en respuesta a las circunstancias cambiantes.

(R.): Usted acaba de regresar de Indonesia. ¿Qué opinión le merece la actual situación de ese país?

(A.H.): Indonesia fue duramente golpeada por la gran crisis asiática que se inició en Tailandia en julio de 1997, la que se propagó con bastante rapidez a una media docena de otros países de Asia. Impactó fuerte a Indonesia, porque no tenía un equilibrio político tan sólido como muchas otras naciones; existía un clima de incertidumbre política superpuesto a una crisis económica. Hubo una gigantesca fuga de capitales que se tradujo en una enorme depreciación del tipo de cambio. Tanto la fuga de capitales como la depreciación de la moneda hicieron aun más frágil la ya debilitada estructura de todo el sistema bancario, por cuanto los bancos tenían deudas en dólares con instituciones crediticias extranjeras. El peso de esta deuda aumentó al subir el precio del dólar de dos mil quinientas a quince mil rupias. En breve, eso es lo que sucedió. Hubo una conjunción de factores: contracción del crédito, crisis del tipo de cambio, crisis de la balanza de pagos y pérdida de capital.

Uno de los principios para manejar una crisis de confianza de la magnitud observada en Indonesia, es intentar que no disminuya el M2 (circulante, depósitos a la vista y de ahorro, y otros saldos generalmente en manos de grupos familiares). En mi opinión, no debería haber demasiada preocupación por un M2 decreciente *per se*, sino por las consecuencias que implica para el crédito bancario, en especial, para el sector empresarial. El problema radica justamente en el crédito. Si disminuye el M2 por sí solo, la gente gasta más

(a medida que se deshace de su dinero en efectivo). Ése no hubiera sido un problema en Indonesia en 1998, pero un M2 decreciente es un problema gigantesco si implica una súbita caída del volumen de crédito real de cien mil millones a cincuenta mil millones en sólo meses. ¿Qué les ocurre a todas esas empresas que enfrentan una abrupta contracción del crédito? ¿Y qué pasa con las pérdidas de productos cuando a las empresas que son fundamentalmente solventes se las pone entre la espada y la pared por meras "razones de liquidez"? Por tal motivo es necesario mantener el M2. Indonesia lo logró; en ese sentido puede afirmarse que el Gobierno hizo un gran esfuerzo para salvar la situación.

No obstante, algo muy curioso ocurrió camino al foro, por decirlo de alguna manera. Sucedió que durante tres meses hubo una extraña situación de estabilidad en el nivel de precios. Es raro en el sentido de que incluso ahora (1999) las fuerzas subyacentes son bastante inflacionarias. A medida que fue bajando el tipo de cambio desde un precio *peak* superior de quince mil rupias a siete mil quinientas, arrastró a la baja el precio de los bienes transables. En cambio, los no transables subieron, lo cual refleja que había una fuerza inflacionaria subyacente en la economía. Estas dos fuerzas prácticamente se anularon entre sí; en consecuencia, no hubo una variación del índice general de precios. Bueno, se dio esta nivelación de los precios y una tasa de interés de treinta y ocho por ciento para los bonos del Banco Central de

De lo anterior llegué a la "visión del proceso de crecimiento" que intenté transmitir en mi discurso presidencial. El lugar para generar crecimiento son las firmas. Los empresarios y las personas que toman decisiones al interior de las empresas, actúan como agentes de este proceso. Alguien en una compañía discurre algún método para lograr una dramática reducción de costos reales, expande la producción, reduce los precios, prospera. ¿Y qué le ocurre a los competidores? Retroceden a lo largo de sus curvas de costos medios y experimentan un aumento del costo medio, que es la variable que nosotros medimos. Por ende, las firmas que obtengan reducciones negativas de costos reales perderán en la batalla competitiva.

Schumpeter usaba el término "destrucción creativa" para designar el proceso de crecimiento en una economía de mercado. Le seguí el hilo a esa idea y me percaté de que había gran cantidad de evidencia. La creatividad genera reduc-

Indonesia (conocidos como SBI – Solusi Bisnis Indonesia), que son como bonos del Tesoro. Ésa es la tasa de interés que se pagaba por los depósitos cuando estuve allá en diciembre de 1998. En otros países donde vi tasas de interés real tan altas, esa situación fue inducida por la demanda por préstamos: el sector privado tenía tal desesperación por conseguir dinero que estaba dispuesto a pagar un interés real de dos y tres por ciento mensual dada la escasez de crédito. Y esas altas tasas de interés real son, simplemente, el precio del racionamiento del crédito.

Ahora bien, el caso de Indonesia era diferente, porque (según me dijeron) los deudores de los bancos no amortizaron ni siquiera una parte de sus créditos durante los últimos quince meses previos a la crisis. En consecuencia, toda la estructura crediticia estaba congelada. Dejaron de pagar sus créditos, porque sabían que no les volverían a dar nuevos préstamos. Los bancos estaban tan preocupados de apuntalar sus tambaleantes carteras de inversiones que no tenían ningún interés en hacer nuevos negocios ni en renovar préstamos. Pero, esa tasa de interés del treinta y ocho por ciento que mantenía un nivel creciente de M2, se pagaba de alguna manera. Una parte provenía de castigar el interés sobre las cuentas de depósito inactivas y, otra, de aumentar los intereses a cuentas de crédito inactivas; así, los libros de los bancos cuadraban a fin de mes. De todos modos, esos intereses castigados eran pagados a los depositantes de los bancos. Al mismo tiempo,

los bancos efectivamente pagaban los intereses sobre los depósitos cuando los ahorrantes retiraban sus fondos. Eso nunca dejó de ocurrir, porque en las etapas iniciales de la crisis, el Banco Central de Indonesia garantizó los depósitos, medida que a mi juicio tenía que adoptar. Pero esa promesa se transformó en una garantía sobre los depósitos en el M2 con un interés de treinta y cinco a cuarenta por ciento. ¿Y quién paga? Los habitantes de Indonesia, los contribuyentes: sobre ellos recae gran parte de la carga.

En cambio, en situaciones algo similares ocurridas en Chile y en Argentina, los depositantes obtenían altas tasas de interés real para financiar un activo mercado de crédito bancario a empresarios dispuestos a pagar una tasa cercana al cuarenta por ciento. Pero en Indonesia no se estaba comprando nada. Entonces, me pregunto: ¿para qué pagar un interés del treinta y ocho por ciento? ¿No habría una solución mejor? Si bajara la tasa de interés y el M2 disminuyera en un tercio, ¿serían tan nefastas las consecuencias? ¿Por qué no contemplar esa posibilidad en vista del estado de total congelamiento del mercado del crédito? Éstas eran las preguntas candentes en este momento.

(R.): Usted fue como consultor a Yakarta.

(A.H.): Durante los últimos quince meses he viajado tres veces a Yakarta bajo el patrocinio de USAID (Organismo Estadounidense para el Desarrollo Internacional). En esos viajes he conversado con gen-

te del banco central, del ministerio de hacienda, de la oficina de planificación y de otras entidades gubernamentales con la idea de aportar un punto de vista más bien independiente y ajeno a la discusión general. Desde un comienzo, partí en buen pie con las autoridades de Indonesia. Supongo que USAID me pidió que regresara porque yo era capaz de dialogar fluidamente con los dirigentes y los especialistas del país sobre diversos temas.

(R.): ¿Cuál es el papel del Fondo Monetario Internacional en Indonesia? ¿Tiene algún consejo que darle a esta entidad?

(A.H.): No. En algunos círculos acusan al FMI por haber sido demasiado severo en el caso de Indonesia. En una etapa relativamente temprana de la crisis, entre octubre y noviembre de 1997, el FMI estaba elaborando un paquete de medidas en conjunto con el gobierno indonesio e insistió en la necesidad de cerrar unos dieciséis bancos que estaban mal. De hecho, algunos terminaron su giro y eso pudo haber presionado a otros bancos, lo que exacerbó la situación. Quienes critican a este organismo opinan: “Bueno, el Fondo actuó con excesiva mano dura al exigir el cierre de esos bancos”. Pero cuando uno trata el mismo tema con funcionarios del Fondo, todos, sin excepción, señalan: “Mire, realmente esos bancos estaban en quiebra, y había muchos otros en situación de quiebra técnica. De alguna u otra manera debíamos dar una señal de que algo había que hacer; de lo

contrario, la reacción predecible hubiera sido simplemente postergar, postergar y postergar. Si entregamos fondos y ellos se limitan a posponer el problema, entonces ¿qué se obtiene a cambio de nuestro dinero?”. Queda claro que la historia tiene dos caras.

(R.): ¿Qué opina usted del sistema de cajas de convertibilidad propuesto por el economista Steve Hanke?

(A.H.): Pienso que el señor Hanke tiene muchos aspectos en común con la escuela austríaca. Para él, las virtudes del sistema de cajas de convertibilidad vienen del cielo; cree que ese método no puede causar ningún daño. Ahora bien, resulta interesante que algunos partidarios de dicho sistema señalaran a la Argentina, durante la época de la crisis mexicana, como un excelente ejemplo de cuán maravillosamente funciona. Por mi parte, dije que Argentina, en ese mismo período, era la evidencia que explica por qué un típico país

Esa vertiginosa caída del M2 hubiera generado una restricción del crédito de tal magnitud que la situación podría haber llegado a ser similar a la Gran Depresión estadounidense, o incluso peor. ¿Qué hicieron los argentinos? Sobre una base de reservas internacionales reducida a la mitad (si consideramos las reservas netas), mantuvieron una pirámide del M2 al noventa por ciento de su valor previo.

¿Cómo hicieron ese milagro? Adoptaron medidas inconcebibles para un partidario del sistema de cajas de convertibilidad. Primero, hubo una drástica reducción del encaje legal de los bancos; y, segundo, se valieron de una solapada disposición que Domingo Cavallo había incorporado en la ley de convertibilidad; decía que parte de los dólares que respaldan el pasivo del Banco Central de Argentina podrían ser bonos del Gobierno denominados en dólares. Creo que era hasta un treinta por ciento. Esa facultad se aprovechó al máximo. Un sistema de cajas de convertibilidad no hace algo así, ni tampoco la modificación del encaje legal. Pero, de no ser por esas dos transgresiones al concepto del sistema de cajas de convertibilidad habría ocurrido un terrible desastre. Entonces, sostengo que Argentina es un ejemplo perfecto de por qué no funciona ese sistema. Ese método sólo respalda la base monetaria, y no el M2.

Un sistema de cajas de convertibilidad funciona adecuadamente cuando cae bruscamente la demanda de dinero, sin inducir a una correspondiente contracción del crédito. Éste fue el caso de las colonias

británicas donde se originó la idea de ese sistema. Lo mismo sucede actualmente en cualquier pueblo o ciudad estadounidense. Un país pequeño podría llegar a un resultado parecido si ahí operaran mayoritariamente bancos internacionales, en el supuesto de que ante una considerable disminución de los depósitos, mantuvieran sus carteras de préstamos en el país (como solían hacerlo los grandes bancos británicos en las colonias). A mi entender, se requiere de tales condiciones para que funcione el sistema de cajas de convertibilidad.

(R.): En la última edición de la revista, nos referimos exclusivamente a la importancia de enseñar, divulgar y conceptualizar sobre economía. Entiendo que es un tema que a usted le preocupa. ¿Cuál es su opinión al respecto?

(A.H.): Permítame citar un excelente ejemplo de la importancia de este asunto. Aquí en los Estados Unidos hemos tenido un déficit comercial con Japón por muchos años. Todos saben que la balanza comercial entre dos países no tiene significado alguno, pero olvidémonos de ese aspecto. Si nos remontamos a los períodos previos a la administración Reagan, los gobiernos de mi país siempre han sostenido: "Japón debe gastar más y poner fin al superávit que tiene con nosotros". De manera que estamos presionando a los japoneses para disminuir el superávit comercial con los Estados Unidos y para que nosotros no tengamos un déficit con ellos. A muchas personas (en-

tre las cuales me incluyo) se les enseñó en una etapa muy temprana que todo déficit es involuntario y, por ende, perjudicial; implica una pérdida de reservas no deseada. Pero, en el mundo real, la gran mayoría de las veces se produce un déficit cuando los inversionistas extranjeros colocan dinero en otro país. Lejos de ser negativos, constituyen una señal de que otros consideran a ese país como un buen lugar para invertir. Si miramos el pasado y vemos qué ha ocurrido históricamente, y nos preguntamos quién ha estado alimentando el mercado mundial de capitales en los últimos treinta a cuarenta años, veremos que ha sido principalmente Japón. En mi opinión, los sucesivos gobiernos estadounidenses le han estado diciendo a Japón: "¡Paren de alimentar el mercado mundial de capitales!".

Ahora la pregunta es ¿por qué esa interpretación económica tan directa y sensata no conduce a ninguna parte? ¿Cuántas personas, ya sea a través de la prensa o afuera de ella, incluso los responsables de formular las políticas, piensan de esta manera? ¿No es acaso un punto de vista natural? En mi opinión, éste es un caso donde obviamente necesitamos más y mejor cobertura de los temas económicos.

(R.): Usted ha influido sobre tantas personas que fueron sus alumnos; en su caso, ¿cuáles de sus maestros influyeron en usted?

(A.H.): Soy el economista más afortunado que conozco. Certo. Nunca sería exagerado de-

maduro no debe y no puede tener un sistema de cajas de convertibilidad. Convencionalmente, con ese sistema sólo se "imprime" moneda local extra fuerte a cambio de moneda externa "dura". Se supone que el sistema funciona "automáticamente", y sólo hace ese intercambio. No le corresponde aplicar una política monetaria discrecional, ni actuar como prestamista de última instancia o como regulador del sistema bancario. La base monetaria de dicha entidad es simplemente el reflejo de sus haberes en divisas.

Situémonos en Argentina de comienzos de 1995. ¿Qué ocurrió? Poco después del inicio de la crisis mexicana, que fue el 20 de diciembre de 1994 si mal no recuerdo, en cosa de pocas semanas Argentina perdió un tercio de sus reservas internacionales brutas y la mitad de sus reservas netas. Si hubiera existido un sistema de cajas de convertibilidad, toda la pirámide del M2 se habría contraído en un tercio o a la mitad, dependiendo de qué reservas se tomen como base.

cir que tuve mucha suerte cuando estudiaba economía. Mis tres maestros más influyentes en las aulas (en orden alfabético) fueron Milton Friedman, Jacob Marschak y Theodore W. Schultz.¹⁰ Milton me enseñó teoría de precios tan bien que no imagino cómo podría enseñarse mejor. Uno lo graba internalizarla. No sólo aprendíamos para luego repetir esos conocimientos en los exámenes. Iba mucho más allá. Al finalizar el ramo, todo el contenido y la materia que fuimos estudiando a lo largo del semestre, fue integrándose a nuestro ser.

Jacob Marschak me enseñó macroeconomía, una variante muy sencilla y neokeynesiana. Mi visión de la macroeconomía ha avanzado más allá de esos límites: sin embargo, debo reconocer que él era un maravilloso intelectual y un extraordinario profesor. Fue gracias a sus enseñanzas que se me ocurrió la idea de formular modelos sencillos para analizar prácticamente cualquier situación; también le debo esto de pensar siempre en términos de equilibrio general.

T.W. Schultz fue uno de los grandes economistas del siglo XX, no me cabe la menor duda. Era una persona terrenal, en cuanto a su manera de abordar los problemas. Para comprender la economía agrícola, partió desde la política agraria y del estudio de la transición que estaba experimentando la agricultura estadounidense. Cuando él nació, un cincuenta por ciento de las personas dependía del campo; cuando murió, la proporción era de un tres por ciento. Schultz estudió y explicó este fenómeno. Pro-

puso buenas políticas económicas. A su entender, lo primero que había que descartar era esa imagen sagrada de la granja familiar, que se usaba como fundamento para mantener a la gente en el campo. Él definió la situación como un proceso económico en marcha, y concluyó que había que lograr que funcionara mediante la política económica. También fue un gran defensor del concepto de capital humano; él lo revivió en el siglo pasado.

Mi comité de tesis doctoral estuvo formado por Lloyd Metzler, en su época uno de los grandes economistas especializados en comercio internacional, además de un extraordinario profesor; usted nunca se imaginaría quiénes fueron los otros dos miembros: Kenneth Arrow y Franco Modigliani.¹¹ ¿Comprende ahora a qué me refiero cuando digo que fui una persona afortunada?

(R.): ¿Qué hay acerca de Frank Knight?

(A.H.): Tomé más cursos con Frank Knight que casi todos mis compañeros. También era una maravillosa persona, más filósofo que economista, y un verdadero intelectual. Nada era sagrado para Frank, en especial, la religión; tenía una cierta humildad. Hay que reconocer que no es nada extraño que algunos profesores de la Universidad de Chicago y también ex alumnos que trabajan en distintos lugares de todo el mundo, sean descritos como personas algo menos que modestas. Bueno, Frank no era así. Constantemente reconocía la magnitud de su ignorancia, y per-

manentemente lidiaba con observaciones e ideas.

(R.): De modo que de su experiencia con los "Chicago Boys" logró cosas maravillosas. Entiendo que, en lo personal, usted conoció a su esposa; ¿es efectivo?

(A.H.): Absolutamente. Conocí a Anita en Chicago, no en Chile. Fue durante una fiesta en un departamento que compartían varios de mis alumnos. Entre ellos, estaban Sergio De Castro, quien llegó a ser el líder más destacado de esa primera gran ola de reformas en Chile; y Ernesto Fontaine, quien hasta hoy es considerado un héroe en ese país (en términos de la economía, quiero decir), porque él más que nadie ha transformado la evaluación económica de proyectos en una realidad tangible, y como resultado de ello, Chile ha ahorrado miles de millones de dólares.

Nos casamos en Londres. Había conocido a Anita¹² recién en octubre, cuando ya tenía programado viajar a Inglaterra inmediatamente después de Navidad para permanecer por dos períodos académicos, uno en Londres y luego otro en Cambridge. Entonces ella estudiaba en la Universidad de Northwestern, en los Estados Unidos; voló a Inglaterra al finalizar su trimestre de invierno. Llegó a Londres un sábado en la mañana y nos casamos esa misma tarde. Nuestra boda se celebró, por circunstancias curiosas pero muy afortunadas, en la iglesia de Saint Martin-in-the-Fields. Lionel Robbins¹³ entregó a la

novia y mi padrino fue Richard Stone. A la ceremonia asistieron sólo economistas (pues eran las únicas personas que conocía) y sus familiares. Estaban ahí Harry Johnson,¹⁴ Dick Lipsey, Chris Archibald, Peter Bauer y Basil Yamey, y Dios sabe cuántos otros, tal vez veinte o más.

(R.): ¿Ella es chilena?

(A.H.): Sí, chilena.

(R.): ¿Influyó ese hecho en su participación en el proyecto chileno?

(A.H.): Yo ya estaba involucrado en Chile. Viajé ahí por primera vez el 1 de julio de 1955 junto a otros tres profesores de la Universidad de Chicago con la misión de ayudar a determinar si nos convenía o no iniciar un programa de colaboración con la Universidad Católica de Chile. Esa visita marcó el inicio de mi aventura chilena. Había estudiado español en la enseñanza secundaria con muy buenas calificaciones; luego, cuando

ingresé en la Universidad Johns Hopkins, tomé un curso de español en primer año. Posteriormente, en mi segundo año de estudios, tomé cursos del programa de postgrado de ese idioma. Cuando serví en el ejército recibí instrucción básica, rendí algunos exámenes y me calificaron como políglota especializado en español. Entonces, fui a la Universidad de Illinois por seis meses y escribí una tesis sobre los latifundios en España. De modo que la decisión de aprender español en el colegio influyó en mi carrera militar, enormemente en mi vida profesional, en toda mi vinculación con América Latina, ¡y en mi matrimonio!

(R.): Su casa tiene una interesante decoración con objetos provenientes de todo el mundo; en especial noto algunos propios de la mitología hindú. ¿Acaso el coleccionismo se transformó en una afición conforme viajaba por todos los rincones del planeta?

(A.H.): Cuando la gente pien-

sa en mí me vincula a Latinoamérica, pero en realidad mantengo lazos muy sólidos con la India, pues permanecí allá durante todo un año entre 1961 y 1962, trabajando en un proyecto del MIT. Después de un largo tiempo regresé un par de veces en 1971 y 1972. Luego de unos años, debí ir nuevamente por un proyecto del International Center for Economic Growth. Estuve ahí al inicio del proyecto en 1993 y, al final, en 1996. De haberse dado la oportunidad, en 1962 nos habríamos quedado con mucho agrado por un año más. La plétora de artículos de la India que usted observa en esta casa radica básicamente en el hecho que el Emporio de Industrias Artesanales de la India es un lugar tan fascinante para ir de compras.

(R.): ¿Cuándo se trasladó usted a la UCLA?

(A.H.): Enseñé allá como profesor visitante en 1982, 1983 y a comienzos de 1984; me contrataron en julio de ese año. De ahí en adelante, durante siete años, trabajé dos trimestres en Los Ángeles y dos en Chicago. Me jubilé en Chicago, pero nunca "abandoné" Chicago, donde me nombraron profesor emérito en 1991. Desde entonces trabajo acá jornada completa.

¹ Gonzalo Vial Correa, *Una Trascendental Experiencia Académica*, Fundación Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1999. Páginas 81-82

² Vial, op. cit. Página 135: "los bautizó así imperecederamente, Carmen Tessada."

Algunos de ellos son: Sergio de Castro, Ernesto Fontaine, Pablo Baraona, Sergio de la Cuadra, Dominique

Hachette, Rolf Lüders, Emilio Sanfuentes, Manuel Cruzat, Álvaro Bardón, Miguel Kast, Juan Carlos Méndez, Álvaro Donoso, Juan Andrés Fontaine, Joaquín Lavín, Ernesto Silva, Cristián Larroulet, Álvaro Vial.

³ Cabe destacar a: Sergio de Castro, ministro de Hacienda; Pablo Baraona, presidente del Banco Central, ministro de Economía; Carlos Massad, presidente del Banco Central; Rolf Lüders, ministro de Hacienda; Álvaro Bardón, presidente del Banco Central, Sergio de la Cuadra, ministro de Hacienda, presidente del Banco Central.

⁴ *The Region*, "Interview with Arnold Harberger", marzo de 1999. Esta es una revista trimestral publicada por el Banco de la Reserva Federal de Miniápolis. Su primer número data de 1987, nació como un medio para explorar temas relativos al sistema bancario y también de política económica.

⁵ Premio Nobel de Economía, 1995.

⁶ Pablo Baraona, Sergio Undurraga, Sergio de Castro, Manuel Cruzat, Juan Carlos Méndez, Rodrigo Mujica, Emilio Sanfuentes y Juan Braun.

⁷ El grupo lo integraron: Pablo Baraona, Sergio de Castro, Sergio Undurraga, Manuel Cruzat, Ernesto Silva, José Luis Federici, José Luis Zavala, Juan Villarzú, Juan Carlos Méndez, Rodrigo Mujica, Juan Baun, Sergio de la Cuadra, Emilio Sanfuentes, Álvaro Bardón y Andrés Sanfuentes.

⁸ Robert M. Solow, Premio Nobel de Economía, 1987

⁹ George J. Stigler, Premio Nobel de Economía, 1982

¹⁰ Theodore W. Schultz junto a Sir Arthur Lewis, Premio Nobel de Economía, 1979. Milton Friedman, Premio Nobel de Economía, 1976.

¹¹ Kenneth J. Arrow junto a John R. Hicks, Premio Nobel de Economía, 1972. Franco Modigliani, Premio Nobel de Economía, 1985.

¹² Anita Valjallow, estudiaba arte. Tuvieron dos hijos: Carl y Paul.

¹³ Lionel Robbins, economista inglés. Autor del libro *Naturaleza y simplificación de la ciencia económica*.

¹⁴ Harry Johnson, profesor de la Universidad de Chicago, uno de los mejores y más prolífico profesor a nivel mundial, especialista en comercio internacional; muy amigo de Harberger, según comenta Sergio de Castro.